

por LUIS GUASTAVINO.

La democracia es hoy una exigencia que ha conquistado el centro de la escena en Chile.

Es indiscutible la coincidencia generalizada de que el cambio de régimen que se reclama se entiende antes que nada como un cambio hacia la democracia.

La inmensa mayoría opositora podría y debería llegar a un acuerdo para conseguir el cambio. Dicho acuerdo la constituiría en una fuerza potente y multiplicadora, de enorme influjo ante las Fuerzas Armadas, de reales perspectivas para derrotar a Pinochet en su aislamiento. Eso —que ya es harto— sin considerar que la unidad será imprescindible para reconstruir mañana con éxito la economía y las instituciones del país.

Pero, a nuestro juicio, no todos responden debidamente ante el momento porque pasa la historia patria.— Es grave. Es como restarse a la defensa de la nación ante un ataque extranjero contra su soberanía, su integridad, su propia existencia. Frente a Pinochet y su obra catastrófica para Chile es ni más ni menos que eso.

El PDC y algunas otras fuerzas se oponen terminantemente a todo entendimiento político con el PC, que con casi 300.000 militantes al 11 de septiembre de 1973 era proporcionalmente el más o uno de los más grandes PC del mundo capitalista. Una peculiaridad histórica de Chile ha sido la porfiada gravitación constante de los comunistas en la sociedad civil, particularmente en la clase obrera y sectores populares. No es propaganda. Es análisis serio y constatable. Esa constante, según reconocen todos, continúa expresándose notoriamente hoy día.

Será muy difícil culminar como se requiere la unidad, alianza, pacto, entendimiento, coordinación, convergencia, reagrupamiento o consenso —cualquiera de ellos tan necesarios para una empresa como la de terminar con la actual dictadura y reconstruir la democracia— si se discrimina o excluye al PC. Muy difícil. Y eso beneficia a Pinochet y perjudica a Chile.

Excluir al PC es restar una fuerza de influencia decisiva, muy combativa, abnegada y de iniciativa, que jamás perdió destreza para trabajar en el seno del pueblo, nunca sola sino que en mayor o menor grado con cada una de las fuerzas democráticas. Por eso que excluir al PC es excluir ipso facto también a otras fuerzas importantes de la izquierda, incluso no marxistas, que no aceptan la discriminación. Eso es sabido por todos.— Se trata, por tanto, de una exclusión fratricida y —finalmente— antidemocrática.

Con muchas otras consideraciones podríamos detenernos en este particular, pero centremos el alegato en el tema que nos interesa esencialmente ahora.

¿Qué se esgrime para excluir a los comunistas de un pacto, de un entendimiento, de la llamada Multipartidaria o de otra suerte de acuerdo político?.

Que el PC es antidemocrático.

Es a esto que queremos referirnos muy serenamente.

La democracia, las libertades o conquistas democráticas, son algo concreto, asible, tangible. No tópicos para discursos o teoricismos abstractos, sino derechos para ser consagrados, ejercidos y practicados. La democracia no es sólo una discusión, sino una realización. No es sólo una teorización, sino un hecho antes que nada. Tiene que ver con las mayorías, con el demos, que son en primerísimo lugar los trabajadores. La democracia plantea —dicho muy genéricamente— la llamada cuestión social, que está entre las cuestiones básicas del mundo de hoy.— Obviamente, en el centro de todo esto se encuentra el complejo problema de la existencia de las clases sociales y la lucha entre ellas.

Pues bien, si el Papa León XIII tuvo que dedicar su Encíclica Rerum Novarum, en 1891, a la cuestión social, ello se debió en altísima medida a que "un fantasma" estaba recorriendo Europa, como anotaron Marx y Engels en su Manifiesto de 1848, y ese "fantasma" —el comunismo— ya había estado animando en 1871 la gesta heroica de los comuneros de París. La cuestión social se estaba poniendo al rojo y también la Iglesia Católica —al influjo del "fantasma"— tenía que referirse a ella.

¿Qué decir del avance portentoso que significó la Revolución bolchevique de 1917 para instalar el tema de la cuestión social en la conciencia de la humanidad, beneficiando así la causa de la democracia?. Y la temática social abordada por la Encíclica "Cuadragesimo Anno", en 1931, ¿no está, a su vez, propulsada por esa materialización histórica de las ideas comunistas?.

A nuestro juicio, la cuestión social -que podría apuntarse como la problemática real de la democracia- se ha ido abriendo paso en la segunda mitad del siglo pasado y en este siglo gracias especialmente a la ideología comunista.

En Chile, la influencia del PC y sus luchas resultaron decisivas para despertar la preocupación democrática de los católicos y de la propia DC por los problemas sociales.

Desde que en 1912 Recabarren funda el que sería PC y se precipita la organización de los trabajadores, la Iglesia y el Partido Conservador -que estaban íntimamente ligados- comienzan a convulsionarse por las penetrantes inquietudes que hace llegar la cuestión social al conjunto de la sociedad.

La década del 30 es rica para demostrarlo. En 1932 se funda la Liga Social bajo la orientación del padre Fernando Vives. Es una expresión socialcristiana vivísimamente impactada por el drama de la injusticia social. De óptica elusiva frente al nudo principal, la Liga levantaba proclamas paternalistas e irrealizables que, si bien hoy día están sepultadas por la obsolescencia, respondían entonces a honestas y legítimas intenciones.

Luego del derrocamiento de Ibáñez apareció el Partido Social Sindicalista y, en 1934, el Partido Corporativo Popular. Todo ello germinaba hacia la ruptura de grupos cristianos con el viejo Partido Conservador y hacia la formación, en 1938, de la Falange Nacional, antecedente inmediato del actual PDC.

Era la influencia de las luchas obreras, de las luchas democráticas inflamadas por la Revolución de Octubre e impulsadas por la ideología y el sacrificio de los comunistas en Chile y por doquier en el mundo. Era el crepitar de los Frentes Populares, de las Brigadas Internacionales a que convocó la Internacional Comunista para defender con la vida misma la democracia y la República españolas contra el facismo y la opresión, de signo esencialmente anticomunistas.

Así es la historia inobjetable.

El socialcristianismo es la postulación católica que, cimentada en muy positivos y vigorosos valores propios, adquiere organización práctica influida también por la fuerza que el comunismo representa para la democracia en el mundo. Logra desarrollo especialmente tras la derrota y desprestigio del facismo a lo cual está indisolublemente vinculado el prestigio y el coraje de la URSS y de los comunistas en la Segunda Guerra mundial.

El surgimiento del socialcristianismo no tiene una sola motivación: entre otras, está la incuestionable sensibilidad social y vocación por la justicia en muchos cristianos; está también la necesidad de una respuesta ideológica e intelectual alternativa al desafío y avance marxistas, y está también la simple y abierta instrumentalización clasista del cristianismo para contraponerlo al comunismo no ya desde las clásicas y gastadas posturas conservadoras.

Todo esto no fue ni es fácil para ellos. No es simple enfrentarse a las realizaciones comunistas. Baste decir que al socialismo de estos últimos 30 años está unida la formidable conquista humanista y democrática que es el término del colonialismo. A la URSS están ligadas materializaciones esenciales para la democracia de carne y hueso como el término absoluto de la cesantía, la educación plena para todos, la salud gratuita asegurada y la previsión social garantizada, para mencionar sólo algunos rubros de interés principal para la inmensa mayoría de la humanidad.

Clavando la atención en nuestro propio país digamos que desde que en 1912 Recabarren organizara el Partido Obrero Socialista, ningún avance democrático logrado en Chile dejó de contar con la participación y muchas veces el protagonismo del PC. Ninguno. Más categóricamente aún: la historia del desarrollo de la democracia en Chile durante 60 años hasta el golpe de 1973 estuvo estrechamente unida a la obra del PC.

Fundamentémosnos en algunos hechos conocidos. Un problema capital para que la democracia cobre vida es que el pueblo implemente sus mecanismos de participación, de discusión, de información y de movilización por sus anhelos. ¿De qué democracia se puede hablar con el obrero, el campesino, el empleado, el poblador, la juventud, en suma, otra vez el demos, sin su propia organización?. Pues bien, ¿hay algún partido de centro y mucho menos de derecha (que son precisamente los que motejan de antidemocráticos a los comunistas) que haya realizado una obra siquiera mínimamente comparable a la del PC en este aspecto esencial para la democracia?

Las Mancomunales Obreras son la obra de Recabarren y los suyos. Más tarde dieron origen a los sindicatos, tarea ciclópea entonces pero viga social maestra para la democracia. En este quehacer concreto y superior —no sólo discursivo— está nítida la huella democrática digital, cerebral y vocacional de los comunistas. Con esos esfuerzos nació la Federación Obrera de Chile (FOCH), en 1915; la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), en 1936, y la Central Unica de Trabajadores de Chile (CUT), en 1953. Sangre, sudor y lágrimas de muchos, pero sin duda de los comunistas, para consagrar otra peculiaridad relevante del desarrollo democrático en Chile: la unidad de todos los trabajadores, independientemente de sus ideologías o creencias, en una sola organización, lo que pasó a ser una caracterización profunda del movimiento sindical chileno.

A la derecha nunca le interesaron estos temas democráticos principales, y se entiende. Pero es preocupante que le PDC exhiba tanta desaprensión frente al problema de la unidad sindical. Personeros suyos, según la revista "Análisis", postulan lo que llaman "pluralidad orgánica", es decir, la creación de distintas centrales ideológicas: la demócratacristiana, la marxista, etc.— Eso es contra la historia obrera, contra el alma nacional sindical, contra la democracia. Es simplemente la división de los trabajadores chilenos, sueño norteamericano, viejo anhelo patronal. ¿Se favorece a los trabajadores con ello?

Pero sigamos. En Chile los obreros trabajaban 11, 12 y 14 horas diarias. La llamada Huelga Grande del Carbón, en 1920, impuso la conquista jurídica de las 8 horas diarias de trabajo. Allí estuvo la pasión y la lucha de los primeros comunistas.

El PC se jugó contra la dictadura de Ibáñez más tarde. Junto a otros, sus dirigentes y militantes sufrieron cárcel y destierro a lo largo de toda esa memorable contienda por la democracia.

Sin duda, el logro democrático más significativo en la primera mitad del siglo XX en Chile fue la victoria presidencial de don Pedro Aguirre Cerda y el Frente Popular en 1938. La derecha —traba implacable contra la democracia— fue remecida en su omnipotencia política, social y económica de entonces. Se creó la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) y se generó un proceso de industrialización y progreso nacional. El país dio un salto en su desarrollo democrático. El PC fue uno de los animadores principales para la construcción y victoria del Frente Popular.

Toda la historia del sistema electoral chileno, desde el voto indirecto, luego universal, el voto de la mujer, el de los analfabetos, hasta la conquista de la cédula única, que fue un golpe a los vicios electorales antidemocráticos de la oligarquía, contó con la tenacidad pedagógica y el denuedo comunistas. Lo último —la conquista de la cédula única— fue un notable progreso democrático en la vida del país junto al que se obtuvo también la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, de Gonzáles Videla, por acuerdo y colaboración de toda la izquierda y el centro políticos del país. En ello estuvo también el PDC. Fue un momento grande de la lucha por la democracia en Chile. Y fue otra prueba de los frutos enormes que el país y los trabajadores consiguen a través de la conjunción de estas fuerzas políticas. En aquella jornada señera, el PC otra vez tensó todas sus fuerzas.

En los últimos 50 años, Chile ha sufrido cinco atentados graves contra su vida o desarrollo democráticos, unos logrados y otros conjurados: Carlos Ibáñez, 1927; Ariosto Herrera, 1939; Gonzáles Videla, 1948; Roberto Viaux, 1969, y Augusto Pinochet, 1973. Invariabilmente, el PC de Chile se ha batido por la democracia en primera fila en cada uno de estos atentados al precio de dolorosos sufrimientos y sacrificios de libertad y vidas de dirigentes y militantes suyos. La DC conoció muy bien esta conducta comunista en 1969, cuando se trataba de defender la constitucionalidad y el régimen democrático representado entonces por el gobierno de Eduardo Frei.

Suficiente. Es un curriculum democrático de coherencia irreprochable, incontestable. No es fácil que todos puedan demostrar una vocación y fidelidad democráticas así de inequívocas. Ni una sola defección. Merece respeto.— No el único, pero el PC es un gran capital democrático con que cuenta la clase obrera y el pueblo de Chile. Y si una expresión superior de racionalidad y seriedad de los partidos está dada por la disciplina conciente de sus integrantes, el PC anota un reconocido desarrollo al respecto. Sin duda, este logro se ha facilitado por su intensa vida democrática interna, que goza de la regulación inteligente con que la nutren las normas y principios leninistas de organización, que muchos denostan con ligereza pero pocos de ellos conocen en realidad.

Igualmente, conviene reiterar que todos aquellos que han trabajado políticamente junto a los comunistas saben de su lealtad y rigor para cumplir los compromisos y acuerdos que suscriben.

Los comunistas actuamos hoy ardentemente junto a muchos otros por la reconquista de la democracia. No nos subyugan los lirismos exultantes que a menudo se escuchan, pero vacíos de contenido concreto para los trabajadores. Estamos por las definiciones, para lo cual la sensatez reclama la mesa redonda del entendimiento responsable y respetuoso. Creemos ubicar también allí la eficacia futura de un pluralismo ideológico y político por el que siempre hemos luchado y seguimos postulando como base de las libertades democráticas a que debemos dar vida tras la caída de Pinochet. Come en diversas Constituciones europeas de la post-guerra, propiciamos que en Chile también se garantice de manera precisa la proscripción del facismo. Estamos por la alternancia de gobiernos, según lo resuelva la ciudadanía a través de las normas democráticas que ella misma establezca a partir de una Asamblea Constituyente. Se conocen nuestras relaciones de total respeto mutuo con la Iglesia, precisadas en particular en la práctica constante del llamado diálogo cristiano-marxista que desde la década del 60 contribuyó tan ejemplarmente a la convivencia fraternal y a la conciencia democrática entre unos y otros, todo lo cual fue poderosamente estimulado por las encíclicas "Mater et Magistra", de Juan XXIII, y "Populorum Progressio", de Pablo VI.

Todo lo que decimos busca puntualizar aspectos muy distorsionados. Lo hacemos polémicamente, sin diatribas, tratando de no herir torpemente a nadie —como se hiere implacablemente a menudo a los comunistas—, pero clarificando con hechos y argumentos, animando a una discusión con altura ya que estamos convencidos que, de otro modo, Pinochet continuará siendo el principal beneficiario de la distorsión —sea interesada o inconciente— que sobre los comunistas circule en el campo de la oposición.

Hay que sanear el terreno, ecologizarlo, para una discusión leal. Se precisa esa discusión, se requiere el esclarecimiento para que haya unidad derrotando el sectarismo de unos y otros, para que todos ubiquemos dónde hay real antagonismo y dónde tan sólo contradicción secundaria entre algunas fuerzas opositoras frente al enemigo fundamental de todos. Se requiere amplitud de cada fuerza seriamente disponible para hacer todo o algo en favor de la democracia en Chile, amplitud de cada fuerza que entienda que éste es el asunto capital. Una amplitud conciente de que se trata de clases y capas sociales con intereses comunes pero también encontrados, cuyas afinidades o contradicciones deben y pueden precisarse en el contexto real del presente pasaje de estragos inéditos para la democracia contra la inmensa mayoría en Chile. No es, pues, una amplitud candorosa que conduzca mañana a una democracia ingenua y volátil.

No se puede eludir el tema del anticomunismo y sus diversas gamas, todo lo cual está unido a lo peor que siempre ha ocurrido en la historia de Chile en los últimos 60 años. Objetivamente, sus momentos de triunfo hacen del anticomunismo un sinónimo de desgracia para Chile y no sólo para los comunistas. Una prueba es lo que ocurre hoy y de lo cual muchos podrían extraer lecciones concluyentes. El más poderoso de los anticomunismos en el poder ha terminado por configurar la más extensa oposición que haya conocido jamás el país.

El diario El Mercurio es expresión acabada del anticomunismo y de la antidemocracia. La derecha recalitrante nunca fue democrática. La historia lo comprueba. Siempre fue fascismo latente pronto a emerger, aunque en la derecha haya conservadores no facistas.

Pero hagamos una directa discusión con la DC. Una discusión abierta, con finalidad de frutos prácticos, sin enojos pretextuosos que eludan la confrontación de criterios u opiniones por complejos que sean. Además, si alguien tendría motivos para enojarse por tanta acusación denostable o discriminación excluyente sería el PC. Queremos esa discusión porque —en nuestro criterio— la DC es una indiscutible realidad ciudadana, de fuerte influencia popular, que tiene a su haber valiosas realizaciones y luchas democráticas, y es también un factor muy importante para el curso que hoy y mañana tomen los acontecimientos en Chile.

La DC sufre, sin embargo, un marcado sectarismo. La circunstancia político-histórica no le dio ocasión de aprender a convivir en alianza, a compartir en pacto o entendimiento con otros. Cuando aparentemente ello ocurrió en realidad era la DC la que hegemonizaba sin contrapeso, como sucedió cuando liberales y conservadores apoyaron sumisamente a la DC en las elecciones presidenciales de 1964.

Su momento de mayor gloria, el éxito mas encandilante lo vive sola, sin amigos o aliados alimentándose en ella una especie de autosuficiencia, una suerte de integralismo y prepotencia políticos. Muchísimos de sus hombres surgieron sólo en esos años burbujeantes, formados en ese ambiente de fuerte orgullo partidista.

Separada de la derecha, la DC tiene sin embargo proclividad hacia ella, que es un sector probadamente antidemocrático en la historia de Chile, como hemos señalado. La DC no es enfática para proponer o compartir medidas democráticas reales para el futuro de Chile como son la erradicación de la oligarquía, de los clanes financieros o del facismo. No explicita condena por el rol inmoral, antichileno, inequívocamente culpable del diario El Mercurio -representante tan definido del poder económico destructor de la democracia-, el cual se permite dispensar la venia de que la DC "sería una oposición aceptable" en un reordenamiento del actual régimen.

Y en las circunstancias supremas -las que iniciaron el quiebre mas dramático de toda la vida republicana de Chile: el derrocamiento del gobierno constitucional y de la democracia en septiembre 1973- la DC quedó inscrita junto a la derecha para explicar algún día al país sus actitudes y conductas del período.

Todos saben que no nos anima reabrir heridas dolorosas. No lo hemos hecho en estos diez años porque miramos hacia adelante y no queremos que suceda a Chile lo que a la mujer de Lot. Pero la DC no es tan bíblica. Nadie le conoce una categórica palabra autocrítica -salvo alusiones en algún discurso de Frei- aunque tantos la han esperado. No es cuidadosa para medirse y, en cambio, acusa odiosamente a los comunistas de antidemocráticos, lo que en la práctica divide a la oposición, debilita su potencialidad y favorece Pinochet.

Y, sin embargo, varios síntomas mostraban que el desaparecido ex Presidente Eduardo Frei iba visualizando las cosas de otra manera. Estuvo dispuesto a participar -y protagónicamente- junto a toda la izquierda sin discriminación alguna en la jornada del Teatro Caupolicán en 1980, contra el burdo "plebiscito" con que Pinochet impuso su Constitución. En su última visita a Roma tuvimos personal ocasión de intercambiar opiniones. Le dijimos: "cada vez que Uds. y la izquierda nos juntamos ganaron Chile y la democracia. Cada vez que peleamos todo fue más difícil y terminaron perdiendo Chile y la democracia. ¿Por qué no juntarnos ahora?" Respondió textualmente: "Las cosas no son fáciles. Pero estamos haciendo muchas cosas juntos, más incluso de las que aparecen. Pero y verá Ud. que el futuro nos encontrará más y más cerca. Es un proceso que no hay que entorpecer porque en muchos lados todavía hay quienes no lo comprenden".

Es un cristiano como Manuel Antonio Garretón el que afirma en la revista "Mensaje", de enero-febrero de 1983: "En cuanto a la exclusión (del acuerdo) de las corrientes vagamente denominadas marxistas, ello prueba el contenido no democrático de la transición planteada". Y agrega: "Las reticencias de la DC frente al PC son un grave obstáculo a la luz de la necesidad de construir un bloque progresista y popular para asegurar la estabilidad democrática (manana) en Chile".

Estamos profundamente convencidos de que así es, y es por ello que -sin autoempantanarnos en una espiral de acusaciones recíprocas, pero tampoco silenciando perjudiciales sectarismos y distorsiones- puntualizamos con firmeza aunque serenamente, buscando destruir caricaturas malsanas de las posiciones comunistas, de consecuencias indiscutiblemente dañinas para la lucha contra la dictadura.

Si, porque debe subrayarse que si en Chile subsiste el dictador, en medida considerable éste debe agradecerse a las fuerzas y partidos que se niegan con cualquier pretexto al gran entendimiento ciudadano, al entendimiento reproductivo, multiplicador de potencias y energías que aún no se despliegan en toda su magnitud para la batalla activa por la democracia que nuestro pueblo, sin embargo, de manera valerosa y sin discriminaciones en su seno libra en forma tan emocionante y alentadora.

Hablamos de fuerzas que -como la DC- olvidan en los hechos lo que ayer estamparon en la esperanza de Chile. Efectivamente, en octubre de 1977, en su documento "Una Patria para Todos", la DC dijo: "Sobre el pasado, la historia establecerá las responsabilidades. Hoy tenemos que hacer un esfuerzo máximo de solidaridad. Estamos unidos en el sufrimiento, en el fracaso y también en la esperanza. Salvo muy pocos, todos estamos buscando libertad, paz, seguridad y justicia. Se impone, pues, como en las grandes ocasiones de la historia, un reagrupamiento del pueblo chileno. Su tarea será la de establecer el buen uso de la libertad y la convivencia en nuestra tierra. Pensar en ese reagrupamiento no es una utopía. Es lo que impone la realidad. Otra cosa sería mantener un enfrentamiento indefinido de unos contra otros".

Pero, al menos cuando escribimos estas líneas, la DC no es consecuente en la práctica con estas positivas declaraciones.

Si la exclusión de los comunistas de un pacto político, según lo propicia explícitamente la DC, es de carácter "táctico" -frente a los militares o a los Estados Unidos, por ejemplo- representa de todas maneras un craso error, pues postularía construir mañana una democracia levantada hoy día sobre bases y premisas antidemocráticas. ¿Que podría salir de allí sino una feble democracia restringida, cautelada, mediatizada?. ¿Que tiene que ver eso con el planteamiento DC de "Una Patria (una democracia) para Todos"?. ¿Y por qué ceder, además, ante la imperiosa necesidad hasta pedagógica de hacer comprender a los militares la realidad social y política del país -de la que forman notoria parte los comunistas-, aunque otra cosa sea que integremos o no integremos el gobierno que suceda a la dictadura?. ¿Táctica en favor del "pragmatismo" político?. Si es así, se paga además muy caro para algo que -paradojalmente- resultará impracticable.

Sin o contra el marxismo no habrá salida democrática. Así como sin o contra la DC tampoco la habría.

Es verdad que hay diversos problemas ideológicos y de clase que contraponen a componentes de la oposición, precisamente a marxistas y demócratacristianos entre otros. Un marxista valoriza altamente las libertades que se habían conquistado en Chile, pero no cree -sin embargo- en la "democracia pura" mientras existan diferentes clases sociales. Mucho menos, desde luego, mientras subsista el régimen generador de plusvalía. Esa será inevitablemente una democracia de clase, que puede exhibir las más avanzadas formas liberales -que constituyen no sólo un gran progreso histórico sino que además debemos aprender a defender mañana- pero que sigue siendo democracia estrecha, amputada, de privilegios irritantes, "paraíso de los ricos y calvario de los pobres" como lo dice Lenin y lo comprueba la realidad concreta. - Si, un marxista se preguntará esencialmente: ¿democracia para qué clase?.

¿Piensa igual y se interroga así un demócratacristiano?.

Ellos despliegan otros planteamientos y ofrecen otras respuestas. Al respecto, nosotros estamos por la franca confrontación, por un sano debate y por la lucha ideológica. Cuando acentuamos "lo que une y no lo que divide" no estamos por dejar fuera de la agenda debates y esclarecimientos que -si los hacemos conducente y debidamente- precisamente servirán al entendimiento.

Porque lo que nos unirá finalmente a través de la lucha cotidiana del pueblo será la comprensión real de que ni los ideales de uno ni del otro tendrán la más mínima viabilidad mientras subsista Pinochet y su dictadura. Así, la división entre nosotros termina convirtiéndose en los hechos en el autobloqueo -por no decir la autonegación- de los ideales respectivos.

Pero es curioso. Hoy son más los asuntos fundamentales de la nación y la sociedad chilena, especialmente del mañana, en que se aproximan las ópticas de la DC con la izquierda y el PC. Tenemos visualizaciones comunes para problemas de la máxima importancia. Sin embargo, la DC rigidiza conductas excluyentes e integralistas.

Cierto, esto no será eterno. Chile está en movimiento. También los hombres, las conductas, las fuerzas sociales y políticas. Las luchas en ascenso precipitan y precipitarán nuevas situaciones. Chile no es el mismo a partir del miércoles 11 de mayo. Hoy ocurren cosas ayer inimaginables; mañana ocurrirán cosas que hoy no nos imaginamos. Hay que saber si somos capaces de adaptarnos hasta psicológicamente a la nueva situación, advertir los "brotes nuevos", abandonar cálculos antiguos y menores. Chile retorna a la vida política. Todos los partidos que existían en 1973 hoy funcionan, aunque ello sea en condiciones anormales y distintas para unos y otros. Eso ya es una derrota para Pinochet. Es signo de vigor, de reservas democráticas en un país donde no es fácil asesinar raíces, historia, tradiciones. Es una lección, además, para los que vacilaron con el "apoliticismo" que quiso imponer el régimen y creyeron en la pérdida de vigencia de los partidos, que -como enseña la historia de los facismos- resurgen aún más vitales luego de la reconquista de la libertad.

La responsabilidad de los partidos, de sus dirigentes y militantes es, pues, una cosa seria. Estamos en una lucha difícil, muy compleja, que tiene que ver con la vida misma de la gente del pueblo chileno. No tenemos derecho a dilatarla. Se nos exige "... como en las grandes ocasiones de la historia, un reagrupamiento del pueblo chileno... Otra cosa sería mantener un enfrentamiento indefinido de unos contra otros..."

Con flexibilidad, los comunistas estamos abiertos y dispuestos. No esperamos. Luchamos entregando sin reserva alguna todas las energías del Partido. Nos preguntamos apasionadamente: ¿qué más hacer, qué otra cosa podría elevar la lucha de los chilenos al nivel de las necesidades?. La respuesta es acuciante, patriótica: la más amplia unidad política contra el tirano.

Para lograrlo, nadie tiene por qué hipotecarse. Temerlo ya sería un signo de debilidad. Los partidos de izquierda -cuya unidad apreciamos como primordial- muestran el ejemplo de largos años de colaboración y entendimiento variado entre ellos en el ejercicio real de la propia independencia.- Nosotros no pedimos a los demócratacristianos que se hagan marxistas. Eso no sería unidad, sería asimilación. Tampoco queremos que nos pidan que dejemos de ser comunistas. La política sería exige realismo. Basta que cada cual sea fiel a sus raíces y a sus idearios.

Reiteramos pues, que la democracia ha sido y es vocación y quehacer permanentes del Partido Comunista de Chile.-

13 de mayo 1983, Roma